

La voz y el reconocimiento

Anna Boyé. Antropóloga y fotoperiodista.

Introducción

Constato lo difícil que es desaprender lo aprendido en la familia y en la sociedad en la que vivo. El marco que estructura nuestra mente queda definido a los pocos años de nacer y la huella que deja en el cerebro “lo aprendido”, organiza nuestros actos y nuestro pensamiento de una manera automática. Ahora bien me pregunto: ¿cuán complejo es cambiar esta pauta que elabora el comportamiento?.

Para el estudio comienzo analizando mi historia y la de mi familia, después explicaré algunas costumbres de las sociedades matriarcales a las que he viajado: los “bijagós”, en Guinea Bissau, los “mosuo”, en China, las “juchitecas” en Juchitán, en México y los “minangkabau” en Sumatra.

La familia

Me eduqué en un colegio de monjas. Los parámetros que determinaron mi educación fueron los de los años 60, se formaba a una mujer religiosa, sumisa al marido, que cuidaba a los hijos y se sacrificaba por el bien de la familia. No se nos enseñaba a satisfacer nuestros deseos más íntimos, sino a reprimirlos.

Mi madre nació en una familia burguesa durante la Segunda República pero quedó huérfana de padre a los 8 años. El abuelo materno, mi bisabuelo, procurador de los tribunales, y la familia extensa que vivía en la calle Consejo de Ciento se hicieron cargo de la hija viuda y de sus cuatro nietos y los educaron con un rigor de hielo.

Ella me contaba en ocasiones, que a su llegada a la casa, comenzaron a utilizar el tratamiento de “usted”, para dirigirse a la familia. Sita tenía 8 años. Después vino la Guerra Civil y el hambre... y había que trabajar y obedecer. A los 15 años mi madre ya era enfermera en el hospital de guerra, situado cerca de las Ramblas. Durante la contienda las mujeres fueron las encargadas del trabajo asistencial y de auxilio a los combatientes con un gran reconocimiento social.

Aunque Luisita, había nacido en tiempos de la Segunda República y de niña había recibido una educación liberal, con la Guerra Civil y el Franquismo se impusieron unos valores familiares basados en la autoridad, la jerarquía y la subordinación de la mujer al hombre. En aquel contexto histórico la voluntad de mi madre se forjó en la obediencia y la falta de expresión de los sentimientos más íntimos, también en el trabajo y el ahorro, vital para subsistir. Y este legado me lo transmitió con su manera de actuar y ser, aunque también me educó para luchar, recuerdo que siempre me decía: “si otro lo puede hacer, tú también”.

Yo adoraba a mi madre porque tenía una alegría y una belleza natural que todo lo llenaba. En casa organizaba la economía del hogar, cuidaba de sus dos hijas, y tomaba las decisiones conjuntamente con mi padre, aunque él por su trabajo de jefe de ventas pasaba más horas fuera del hogar. Pero Sita vivía la misma rigidez de sentimientos en la que había sido educada.

En familia era muy difícil hablar de ellos o de diferentes maneras de ver las cosas porque la presión social, basada en el “qué dirán”, era tan fuerte, que parecía natural que había que seguir las normas estipuladas. Yo siempre lo cuestionaba todo con una insistencia cansina, pero el comportamiento que se me exigía venía marcado por las normas de una sociedad franquista, masculinizada y represiva, y una religión católica con una idea de pecado que ensombrecía la vida cotidiana.

Así las cosas crecí sin expresar mis deseos, aprendí a guardarlos para no crear conflictos y comencé a imaginar una vida de sueño, mis fantasías dejaban de lado una realidad que no comprendía y que yo analizaba como contradictoria y férrea.

Cómo la mayoría de mis amigas comencé a acatar la autoridad para evitar una bronca, pero vivía con dolor este sometimiento. Poco a poco mi personalidad fue sesgada de su propia esencia. Todo lo que el cuerpo y el alma querían exteriorizar, quedaba dentro de mí como una anomalía, y aquello se naturalizó no sólo en mí, sino también en la mayoría de mujeres de mi generación.

Con los cambios sociales que tuvieron lugar a la muerte de Franco y con la democracia todas nos sentimos liberadas porque las costumbres se relajaron, pero quedó en nosotras la inercia del pasado y de los hábitos aprendidos: la sumisión a la autoridad y la autoridad relacionada con un ser querido.

Mis padres, por desgracia, murieron hace muchos años y ya no puedo hablar con ellos. Sin embargo creo que es un acto de justicia expresar lo que la vida me ha enseñado, porque sólo con el conocimiento y la comprensión de las costumbres familiares entenderemos nuestro propio comportamiento, y al percibir la causa y el origen de lo que somos, podremos encontrarnos.

La evolución del pensamiento

Las experiencias de la vida conforman la evolución del pensamiento pero la forma de pensar también está en relación con el avance del espíritu que es todo sensibilidad y percepción. No hay un pensamiento uniforme para todos. Pero sí hay una nueva forma de razonar más sutil y evolucionada a la que debemos aspirar. Un sentimiento amoroso que nos dignifique.

Todo comportamiento que se desvía de lo aprendido produce inseguridad, incertidumbre y soledad, y las mujeres a través de la historia hemos sido “mal tratadas” alejadas de nuestra identidad profunda como mujeres, como madres, como trabajadoras, como personas. Porque si a mí me han enseñado a ser sumisa ante la autoridad, porque la insumisión genera dolor, requiere mucha fuerza y convicción ejercer este derecho.

Las mujeres a pesar de haber tenido un papel fundamental en la reproducción de la especie, de ser gestoras de la economía de la familia, de ser educadoras y socializadoras de nuestros hijos, de ser productivas en el trabajo, y de ejercer un papel principal en la dirección de la familia, no hemos sido “reconocidas” en nuestra esencia femenina, en nuestros saberes más profundos, en nuestra autoridad, por eso avanzamos tan despacio.

La casa, espacio político

Esta frase: “en casa manda mi mujer”, que muy a menudo oímos decir a los hombres tiene un significado profundo que hay que analizar. Porque la casa es el lugar donde se toman las decisiones y se organiza la actividad. Es el “motor” desde donde se distribuye la energía para organizar la vida. Y si la familia es la unidad social que estructura nuestra sociedad, la casa se convierte en un espacio político donde se gestiona la economía y se gobierna.

Esta frase entraña una doble lectura: por una parte la aceptación de una verdad incuestionable, y por otra la falta de reconocimiento social que conlleva implícita, una ocultación del poderío de la mujer, pues queda “difuso” este gobierno femenino sin un lugar donde posarse para ser reconocido.

Fotoperiodismo y antropología

Siempre he sentido la necesidad de entender el porqué de las graves discriminaciones que sufre la mujer en el mundo. Y en esta búsqueda por el conocimiento he encontrado sociedades matriarcales donde las mujeres organizan el trabajo, gestionan la economía, el cumplimiento de la ley y gobiernan. Sociedades en las que su inteligencia es respetada por todos y son admiradas por la

valentía que muestran a la hora de tomar decisiones en la comunidad. Sociedades en las que matriarcado no significa lo contrario de patriarcado, sino otra manera más igualitaria de organizar la sociedad y la vida.

Mi trabajo de antropóloga y foto-periodista y mi curiosidad me han llevado a investigar la existencia de estas comunidades: la etnia bijagó, en el archipiélago de las Bijagós, frente a las costas de Guinea Bissau. Los “mosuo” en el Lago Lugu, en China, las “indias zapotecas” en Juchitán, México y este verano los “minangkabau”, en Sumatra.

En todas estas sociedades he encontrado realidades diferentes a las mías.

Bijagó

En la isla de Orango Grande, en Guinea Bissau el temperamento de las mujeres y de los hombres se manifiesta justo al reverso de la sociedad en la que vivo. En Orango se considera “natural” que las mujeres sean las jefas en todos los ámbitos de la estructura social: la economía, la ley, el bienestar y en la espiritualidad. Se reúnen en asociaciones para realizar esta labor. A los hombres se les considera como niños a los que hay que proteger. Se valora de ellos la sensibilidad de su carácter y la fuerza bruta que utilizan para el barbecho de los campos. Se aprecia la habilidad que muestran para la caza y la pesca, de la que cotidianamente se encargan. Se les considera débiles por naturaleza aunque se les tiene en cuenta ellos a la hora de tomar decisiones. En Orango Grande las mujeres son las dueñas absolutas de la casa y de la tierra, y ellas se encargan de construir sus casas, ayudadas por ellos.

Mosuo

Los mosuo son una sociedad democrática de alrededor de treinta mil habitantes formada por clanes de mujeres que gobiernan por tradición. Allí los hombres se sienten libres y la relación con la familia es lo más importante. El hogar es el núcleo desde donde se organiza la economía, el trabajo y la estructura social. La matriarca es una figura querida por todas y todos. Se la respeta por su sabiduría y la autoridad que posee se basa en ella. Dentro de la familia se la escoge en función de sus cualidades y competencias, no por su edad y otras consideraciones de carácter hereditario o permanente. Se establece una autoridad maternal que aconseja, decide y guía. Este poder no es buscado ni especialmente querido, se vive como una forma natural de ser y estar.

No existe la figura del marido. Ellas se unen por amor con hombres que las visitan de noche. Los padres no tienen ninguna responsabilidad sobre los hijos, que vivirán siempre en el clan materno.

Recuerdo la impresión que me produjeron las costumbres de esta comunidad “mosuo” donde no existe la figura del marido y los padres son respetados pero no influyen en la organización social ni en la economía de los grupos matriarcales.

Durante las visitas de amor se establecen relaciones amorosas de una manera natural y libre. La mujer posee una habitación en la casa de su clan y allí ve a su enamorado o al hombre que le gusta. Es una relación nocturna y secreta. De día las parejas se diluyen y no está bien visto ir juntos ni cogerse de la mano. Pero son relaciones espontáneas donde se establecen lazos de afecto que pueden durar pocos días o bien varios años. La familia no interviene para nada en la elección de la pareja.

Juchitecas

En Juchitán conviven un matriarcado y un patriarcado. Eso sí en lucha diaria. Las mujeres tienen su espacio: el comercio, la organización de las fiestas y “velas”, el templo y el altar, la casa y la calle. Los hombres el suyo: la política, la cantina, el campo y la pesca, la poesía y la música. Existe una

economía de subsistencia en la que el hombre aporta la materia prima y la mujer se ocupa de comercializar los productos en el mercado. En el centro de la sociedad “juchiteca” no se halla el hombre que gana el dinero y lo administra, sino la mujer-madre que provee y gestiona las necesidades de la familia. Se trata de una economía en la que el prestigio se basa en la reciprocidad y la confianza entre mujeres.

La casa de la madre es un lugar de aprendizaje para la vida. Se aprende a ser negociante, a regatear, a tener un espíritu fuerte, a ser generoso, a afrontar la vida. Y en este don, nace una forma de abordar el comercio, de frenar las fluctuaciones de un mercado desestabilizador en el resto de México y que aquí configura una realidad diferente.

Minangkabau

Hay un lugar en el Oeste de Sumatra, donde el amor y la generosidad de la madre son valores respetados y queridos por todos y estructuran la esencia de una sociedad basada en el “consenso o acuerdo mutuo” entre hombre y mujer en la toma de decisiones de la vida. Un lugar donde la madre ocupa un lugar central y las mujeres reciben en herencia la “pusaka” que son los bienes ancestrales de la familia que pasa de madres a hijas y donde también el linaje lo transmiten ellas.

“La naturaleza es nuestra maestra” es la filosofía del Adat que rige en el corazón de los minangkabau, una comunidad musulmana de más de cuatro millones de habitantes. Allí, hasta hace poco, convivían pacíficamente estas dos tradiciones espirituales, pero la radicalización del Islam y la influencia de un estado patriarcal, que pretende erradicar la profunda identidad matriarcal, conforman el sentimiento general que el hombre es el cabeza de familia. Sin embargo en esta lucha por el poder, el principio materno está arraigado con tal hondura en hombres y mujeres que penetra el pensamiento y las formas dominantes del islam, y esta profundidad no desaparecerá.

Reflexiones

La particularidad de estas sociedades hacía tambalear todo lo aprendido en mi vida. Porque en realidad, me decía, nos han enseñado a pensar lo que pensamos. La educación que hemos recibido durante la niñez y los hábitos sociales de la comunidad en la que vivimos han construido nuestro pensamiento y nuestra manera de ser. ¿Existe posibilidad de escapar de esta jaula mental? Los “bijagós”, los “mosuo”, las “juchitecas” y los “minangkabau” me mostraron que otras formas de organizar la sociedad son posibles.

Ahora, a veces me pregunto: ¿Qué valores masculinos subyacen en esta imposición patriarcal de la mayoría de nuestras sociedades?

Si analizamos los orígenes y la función del hombre en nuestra especie, constatamos que su labor y su contribución biológica a la concepción del feto humano se recrea en la protección de la mujer y de la cría para preservar la vida, pero me digo, si, éste, no es un papel secundario frente al hecho de dar la vida a un nuevo ser. En el cuerpo de la mujer está contenida la semilla que, como en la tierra fértil, brota. Y este poderío sólo lo tienen las mujeres.

Si analizamos el contexto religioso de nuestras sociedades veremos que todas las religiones del Libro: el judaísmo, el cristianismo y el islam, fueron difundidas e impuestas por hombres que las utilizaron en su favor, y que buscaron a dios fuera del cuerpo de la madre, reivindicando, así, dioses masculinos. Por eso todas son semejantes. Prevalece en ellas la desvalorización hacia la esencia divina de la mujer, la madre creadora de vida que perpetúa en su cuerpo a la especie humana. Porque el reconocimiento de este poderío significaría aceptar la naturaleza secundaria del hombre en el contexto de una sociedad. Y es esta visión patriarcal, arrogante en su contenido, la que hace daño, no la esencia misma de estas religiones que, en su profundidad, postulan el amor, la fraternidad y el bien común

Creo que el desarrollo de las virtudes del corazón y del amor son signos de adelanto, la arrogancia, el dominio y el egoísmo significan el retroceso, el atraso. El amor a las cosas sencillas conforma la misma esencia de lo sagrado. Es este amor que confiere belleza al principio materno de la vida. En el corazón de la “buena” madre, la generosidad que desea el bien común de su prole. Este principio materno está arraigado con tal hondura en hombres y mujeres, que penetra nuestro corazón y nuestra mente estructurando una sociedad que en su esencia es generosa y se refuerza en el amor. Y este sentimiento no desaparecerá, persistirá latente y mientras no pueda ser totalmente manifestado, en la forma de un “poder difuso” y una fuerza abrasadora que todo lo llena.

En las sociedades matriarcales que he visitado este gobierno matriarcal es reconocido por la comunidad y conforma la estructura de la sociedad. En ellas se establecen redes de ayuda y reciprocidad entre mujeres para el bien de la comunidad. La sociedad está asentada en esta autoridad moral que aconseja.

Creo que debemos mirar hacia la profundidad de la propia sociedad porque allí, perviven escondidas, formas de gobierno matriarcal que trascienden el poder y los estereotipos sociales patriarcales, porque los matriarcados son formas atómicas de comportamiento que definen una sociedad, sean éstos, reconocidos o no.

Futuro

La falta de expresión de los sentimientos es una costumbre patriarcal que hemos de erradicar de nuestra sociedad. Debemos volver a la misma esencia de la mujer-madre que lleva en sí la semilla del amor. Una buena madre que se comporta desde la generosidad, no desde el egoísmo, aclarar esto es importante.

Hay que enseñar a nuestras hijas e hijos a “ser” más que a “tener”. No funciona el “tanto tienes tanto vales” porque pervierte la verdadera esencia de nuestro espíritu. Hay que enseñar en las escuelas a los niños y niñas la diversidad de culturas que hay en el mundo y las diferentes sensibilidades religiosas a través de la antropología que “muestra” como es el mundo. Y, sin duda, hay hablarles de estas sociedades matriarcales donde las tradiciones han forjado otra manera de estructurar el pensamiento, otra manera de ser y de vivir. Las mujeres debemos ser “reconocidas” por los hombres y este “reconocimiento” debe ser profundo y sincero porque solo así podremos crear una sociedad igualitaria.

A su vez nosotras, las mujeres, debemos sentirnos dignas y poderosas con este legado amoroso que nos ha dado la especie y alzar la voz en nuestras casas, con nuestros maridos, con nuestros hijos, en el trabajo, en la cotidianidad y hablar con claridad sobre cómo queremos el mundo, un mundo en que los valores femeninos sean queridos, deseados, porque en ellos hay la semilla de la revolución que nos transformará: a mujeres y hombres, a hombres y mujeres.

Y creo que esta manera de pensar y sentir hay que enseñarla a las nuevas generaciones que nos sustituirán en el futuro. Hay que enseñar desde el corazón de las mujeres y el de los hombres, en nuestra casa y en la escuela. Una casa que es un espacio político donde se forja el pensamiento social. Un lugar imprescindible para revertir los valores actuales. Un lugar donde la madre no repita los esquemas patriarcales aprendidos, sino que desde su misma esencia se rebele del “maltrato social” sufrido a lo largo de la historia e, insumisa, hable alto e inspire una nueva ruta a seguir. Un horizonte común donde el diálogo y el “acuerdo mutuo” sean la base de una nueva comunidad. Éste sería mi deseo.